

DISCURSO DE ORDEN PRONUNCIADO POR EL SENADOR LAUREANO VALLENILLA LANZ, EN LA SESIÓN SOLEMNE DEL CONGRESO NACIONAL CELEBRADA EN LA CIUDAD DE VALENCIA, EL 24 DE JUNIO DE 1921, EN CONMEMORACIÓN DE LA GRAN BATALLA
(extracto)

Eduardo Blanco, con aquella grandilocuencia suya, que hacía adivinar a cada instante al egregio cantor de “Venezuela Heroica”, nos refirió muchas veces este episodio que no se sabe por que causa dejó inédito. Él era en aquella época sumamente joven, casi un niño, y servía de edecán al insigne guerrero.

Un día, durante las conferencias, el General Falcón manifestó al General Páez el deseo de visitar juntos el campo de Carabobo, para escuchar de los propios labios del héroe el relato de la inmortal jornada. Era imposible que las pasiones políticas amenguaran siquiera en aquellos jóvenes guerreros la profunda admiración que debía inspirarles el glorioso anciano; porque si alguna fibra siempre vibrante existe en nuestro pueblo, es el amor vehemente por las glorias sagradas de la Patria, que aún en medio de todos los desastres, de todas las tristezas a que nos condujeron los odios de partido, ha sido siempre como el principio vital que mantiene incólume la existencia de la nacionalidad, y Páez constituía la encarnación misma de nuestro pasado legendario.

Eran las cinco de la mañana, y por el camino que conduce a la planicie, marchaban confundidos los dos grupos disidentes, dando tregua, a aquella cruentísima lucha que ya duraba dos años y que fatal y desgraciadamente iba a continuar por tres más, hasta dar el triunfo a los que, quizá sin saberlo, por una de esas contradicciones tan frecuentes en las revoluciones políticas, representaban aquella corriente democrática avallasadora que surgió con la Independencia y cuya más alta significación fue el señor de las llanuras.

Páez era ya octogenario. Los que le conocieron en aquella época recuerdan que un temblor nervioso agitaba constantemente su todavía vigorosa naturaleza... Al desembocar en la llanura detuvo de repente el caballo; se quitó el sombrero; la fresca brisa de la mañana puso en desorden sus escasos cabellos completamente blancos; sus ojos mortecinos vagaron largo rato por el campo como para fijar los recuerdos de aquel día de gloria, y en medio del profundo silencio que se hacía a su alrededor lanzó un grito lleno de emoción...

—Por aquí...

Y poniendo el caballo al galope iba señalando con la derecha, a tiempo que en la izquierda se le agitaban las riendas, los episodios más heroicos de la batalla... Y con una voz como entrecortada por los sollozos iba diciendo: - Por allí; por allí bajé yo... Más acá debía estar la Legión Británica... ¡Si! Allí fue...

Y dominado cada vez más por la emoción que como una corriente eléctrica se transmitía a los que le escuchaban, no se le oían a veces, ahogados por el trote de los caballos y el latir de los corazones, sino los nombres, los nombres gloriosos e imperecederos de aquel gran día de la América:

- Apure, Barbastro, Hostalrich, Valencey, Granaderos, Rifles... Cedeño, Plaza, El Primero...

Y al llegar al centro de la Planicie, deteniendo el caballo, descubriéndose con religiosos respeto, como si la sombra augusta del Padre de la Patria llenara en aquel momento la inmensidad del espacio, murmuró con una voz que resonó como un eco de ultratumba:

- ¡EL LIBERTADOR!

Entonces Falcón, rompiendo aquel silencio solemne, impotente para contener la emoción que lo ahogaba, agarrando a Eduardo Blanco por un brazo lanzó un grito que repercutió como un toque de clarín por toda la extensión de la llanura:

—¡Oye, niño; oye al mismo Aquiles contando sus proezas!

Desgraciadamente aquella no fue sino tregua fugaz en que la Patria, con la poderosa sugestión de sus glorias inmarcesibles apagó por un instante el voraz incendio de las facciones en lucha. La guerra continuó con la misma intensidad y Páez, al fin vencido, pero rodeado de respetos y de consideraciones que honrarán eternamente la memoria del **Caudillo de la Federación**, emprendió para siempre el camino del destierro.

No es en vano, señores, que yo haya querido mezclar en este momento los recuerdos gloriosos de la Independencia con los tristes y lamentables recuerdos de las guerras civiles... La lección no puede ser más elocuente para las nuevas generaciones, porque nuestro pueblo derrochó en aquellas bregas fraticidas, en el seno de un hogar ya constituido, el mismo valor, las mismas energías con que tan brillantemente había contribuido a la emancipación de la América y a la creación de nacionalidades; y que hoy, puestos al servicio de la paz y del engrandecimiento de la Nación, por la acción eficiente y las sanas y fuertes energías del eminente hombre de Estado que rige sus destinos, hacen que Venezuela ocupe un puesto de honor entre los pueblos, que impulsados por un noble propósito de confraternidad y de justicia, marchan juntos hacia la realización de aquel hermoso sueño, que constituyó el ideal supremo de nuestro Gran Libertador.